

EL INICIO OPORTUNO ES CUALQUIERA

Un día en el colegio les mandaron escribir una redacción. Un pequeño cuento, que resumiera lo mejor posible sus también relativas y pequeñas vidas. La profesora les señaló que, antes de todo, pensarán muy bien cuál sería aquel decisivo principio. Por supuesto, no debía coincidir con el mismo principio de su realidad, el nacimiento, pues no se trataba de una simple biografía sino de captar la esencia del día a día. De sus vidas, en la cotidianidad o en ciertos momentos culmines. La clase enmudeció milagrosamente durante los próximos minutos. La profesora observaba, atenta a que escribían, mas hubo de observar extrañada que ninguno había alzado el lápiz de la mesa. Solo permanecían allí, unos con la mirada al frente, seria, otros agachada, con gesto embobado, otros con el ceño ligeramente fruncido...

Como entendió tiempo después, ninguno de sus alumnos supo de qué manera dar comienzo a la odisea de sus vidas. Ninguno de los niños pre-adolescentes lograba captar cual debería ser ese instante clave, apertura de la resumida elegía. Y en verdad, la profesora hubo de comprobar, al llegar a su casa rememorando el tema e intentar repetir la actividad, que ella tampoco sabía cómo dar comienzo a la historia. No podía ser el nacimiento. Era un cuento corto, no se disponía de espacio ni tiempo para eso. Además, el nacimiento era prácticamente similar para todos los seres humanos. Dolor y bastante sangre, secundado con esa felicidad incomparable de la madre al escuchar el primer llanto. No determinada la esencial individual de nadie. La historia esencial de todos nosotros... ¿qué comienzo le hace justicia? ¿Cuál es el indicado?

Para Eva, una de las niñas allí presente, aquello le dejó una huella en el corazón. La mayoría de los otros niños dejaron pasar el incidente, pronto lo olvidaron. Cayó al pozo de la ignorancia infantil, como tantas otras cosas. Pero ella no pudo hacerlo. Necesitaba saber cuál era el comienzo. O cual podría ser. Y porque necesitaba de ese principio... Para esa época, era demasiado inocente y demasiado inexperta. Su cerebro analítico no abarcaba la complejidad filosófica de la cuestión.

Años después, por fin supo la respuesta. No había principio. Ni final. Por las mañanas, uno nacía de nuevo, libre y vacío. Por las noches, frustrado y a rebosar, uno moría. Y todo se desvanecía. Nacer y morir. A cada instante, uno podía morir, y nada de

lo acontecido anteriormente, durante un día, una semana o toda una vida, tenía real importancia. Uno simplemente moría y nacía.

Por tanto, cualquier instante puede ser el principio adecuado. Cualquier día, al despertarse, puede ser el inicio oportuno.

Así que a Eva le pareció buena idea comenzar por esa mañana.